



La mies es mucha

**Instructivo de Formación I
para Equipos de Animación Vocacional**



**agustinos
recoletos**



La mies es mucha

INSTRUCTIVO DE FORMACIÓN I
PARA EQUIPOS DE ANIMACIÓN VOCACIONAL



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
SECRETARIADO DE VOCACIONES Y JUVENTUD
SECCIÓN VOCACIONES

Introducción

A lo largo y ancho de la Orden se trabaja por crear una verdadera cultura vocacional. Con la aplicación de los criterios pedagógico-pastorales del **Itinerario Vocacional Agustino Recoleta (IVAR)** queremos alcanzar este propósito. En todos nuestros ministerios hemos comenzado un proceso que implica tres acciones fundamentales: ARAR, SEMBRAR Y CULTIVAR.

Dicho proceso cuenta con el aporte valioso e insustituible de los laicos, especialmente de aquellos que asumen el compromiso de colaborar con la animación vocacional. El **Instructivo de Formación** que ahora presentamos está dirigido especialmente a ellos y también a los religiosos comprometidos en esta tarea.

Agradecidos con el Señor por el surgimiento de los **Equipos de Animación Vocacional (EAV)**, queremos ofrecer una trama temática relacional que clarifique el proceso formativo.

Como se podrá ver, los temas ofrecidos ayudarán a nuestros orientadores vocacionales y a los laicos que conforman los EAV a introducirse en temáticas de animación vocacional que hacen referencia a las orientaciones pedagógicas y a las acciones propuestas en las tres fases del IVAR antes mencionadas: arar, sembrar y cultivar, cuyos tres ejes son respectivamente la cultura vocacional, el Kerygma vocacional y el acompañamiento vocacional.

Cada tema presenta, además de su desarrollo, un objetivo y unas preguntas para trabajar personal y grupalmente. Los temas, en conjunto, siguen un *plan*, pero se presentan en *módulos* subdivididos en *áreas temáticas*, de modo que puedan ser trabajados con suficiente libertad, es decir, en los momentos y según los modos que sean oportunos, teniendo presente la realidad de cada ministerio.

Esperamos que este Instructivo de Formación se convierta en una herramienta útil que permita lograr una capacitación plena de los agentes pastorales de nuestra Orden para garantizar la generación y el arraigo de una cultura vocacional fecunda.

Secretariado de Vocaciones y Juventud
Sección Vocaciones

Plan de desarrollo de temas

Módulo I

Temas de orientación bíblica

1. Los relatos vocacionales de la Biblia
2. Discipulado

Temas de orientación antropológica

3. Antropología y vocación
4. Cultura vocacional

Temas de orientación teológica

5. Teología de la vocación: el Dios que llama
6. Cristo, razón y modelo de toda vocación

Temas de orientación pastoral

7. Animación vocacional/animador vocacional
8. La comunidad vocacional

Módulo II

Temas de orientación bíblica

1. Figuras bíblicas: Abrahán y Moisés
2. Figuras bíblicas: San Pablo

Temas de orientación antropológica

3. Deseo
4. Sentido de la vida

Temas de orientación teológica

5. El Espíritu y la espiritualidad vocacional
6. La Iglesia, madre de vocaciones

Temas de orientación pastoral

7. El Kerygma vocacional
8. Acompañamiento vocacional

Módulo III

Temas de orientación bíblica

9. Seguimiento de Cristo
10. María

Temas de orientación antropológica

11. Adolescentes/Jóvenes
12. Proyecto de Vida

Temas de orientación teológica

13. Estados o formas de vida
14. Misión y vocación

Temas de orientación pastoral

15. Orientación vocacional
16. Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones



MÓDULO I

LOS RELATOS VOCACIONALES DE LA BIBLIA¹

Objetivo

Nos dedicaremos a apuntar lo que serían los momentos esenciales de todo proceso vocacional, basándonos en las narraciones bíblicas de vocación. Es curioso como en la Biblia no aparece nunca una definición o explicación de lo que es la vocación; aparecen, sin embargo, muchos textos que nos “narran” experiencias vocacionales.

Desarrollo del tema

1. Elección

Toda vocación empieza por ser una elección de Dios. Y toda elección de Dios es siempre una gracia. Esta experiencia de sentirse elegido por Dios desde siempre se hace patente en la experiencia de Jeremías: “*Antes de formarte en el vientre te conocí; antes de que salieras del seno te consagré*” (cf. Jer 1,5). La elección es eterna en la mente de Dios.

1. *La iniciativa es de Dios.* Es él quien elige. Al contrario que en el caso de una profesión, que nosotros elegimos por algún gusto o interés personal, en el caso de la vocación es Dios quien nos elige a nosotros. Nos queda, sin embargo, el aceptar o rechazar esa elección.
2. *La elección es una gracia,* un don de Dios para el elegido, y en él, para todo el pueblo. En cada persona que experimenta la elección de Dios, él nos manifiesta su amor y su predilección. Lo expresa maravillosamente el relato vocacional de María: el ángel la saluda precisamente con esta palabra: “*Alégrate, llena de gracia*”. (Lc 1,28).
3. *La experiencia es un misterio.* A menudo los elegidos se preguntan ¿Por qué a mí y no a otro? Tal es la experiencia de Moisés: “*Ay, Señor, envía a cualquier otro*” (Ex 4,13). La única explicación es que Dios es libre y que, con su libertad, hace aquello que es mejor para nosotros. Lo hace porque Él quiere; nosotros, los hombres, no podemos dar otra explicación.
4. *Dios elige a los humildes.* Muchas veces la elección de Dios recae sobre los humildes y sencillos, sobre aquellos que aparentemente no tienen cualidades. Esta es la experiencia de Moisés, que es tartamudo (Ex 4,10); Jeremías, que es un niño (Jer 1,6); María, que es pobre y humilde (Lc 1,48); Pablo, que es perseguidor de los cristianos (He 9,1-2) y otros muchos.
5. *La elección capacita para la misión.* Pero esta elección de Dios no significa que el nos exija algo que seremos incapaces de realizar. La elección no recae sobre esta o aquella persona porque tenga más cualidades o porque

¹G. VARELA ALVERIÑO, *Los llamados. Apuntes para un pastoral vocacional*, Ed. San Pablo, 1994.

sea mejor que las demás. Dios estará con el elegido para llevar adelante la misión encomendada. Nos pueden venir a la mente las palabras de Agustín:

“Da lo que mandas y manda lo que quieras” (San Agustín, Conf. 10,40).

2. Vocación

Cuando esa elección de Dios se hace palabra, se llega al gran momento de toda vocación: la llamada. Dios llama a través de su palabra. La misma palabra de Dios es ya una llamada en el sentido en que busca suscitar en nosotros una respuesta. Hoy, Dios nos llama de una forma especialísima a través de Cristo, la Palabra encarnada del Padre.

1. *Dios llama por el nombre.* Así lo han experimentado Abrahám (Gen 22,1), Moisés (Ex 3,4), María (Lc 1,30), Pablo (He 9,4)... El nombre significa para la mentalidad bíblica la esencia misma de la persona. Cuando Dios llama por el nombre se refiere a la totalidad de la persona: lo que es en sí y las circunstancias que le rodean.
2. *En unas circunstancias concretas.* La llamada de Dios no nos separa de la realidad que vivimos, sino que justamente en orden a transformarla. De ahí que las llamadas de Dios en la Biblia sucedan en el quehacer más cotidiano de la vida: Moisés estaba pastoreando el rebaño de su suegro (Ex 3,1); Pedro y Andrés, que estaban echando la red (Mt 4,18); Santiago y Juan, reparando las redes (Mt 4,21).
3. *A través de muchas mediaciones.* La vocación se descubre a través de de mediaciones: acontecimientos, personas, experiencias... Es el caso de Moisés, que se le aparece un ángel como llama ardiendo en la zarza (Ex 3,2); María, que también recibe al ángel Gabriel (Lc 1,26). Incluso algunos apóstoles hacen de mediadores en la vocación de otros: Andrés lo hace en la vocación de Pedro (Jn 1, 41-42), Felipe en la de Natanael (Jn 1,45)...
4. *A pesar de las objeciones.* El poner una objeción a la llamada de Dios es también algo típico en los relatos vocacionales bíblicos. Expresa la sensación de no comprender el sentido de la llamada y al mismo tiempo el no sentirse capacitado para la respuesta. Podemos citar otra vez a Abrahán: “Señor, ¿para qué me vas a dar nada si voy a morir sin hijos?” (Gen 15,2); Moisés: “Pero, Señor, yo no soy hombre de palabra fácil...” (Ex 4,10); Jeremías: “Señor, que no sé hablar, pues soy un niño” (Jer 1,6); María: “¿Cómo puede ser esto si yo soy virgen?” (Lc 1,34).
5. *La respuesta corre de parte del llamado.* Pero para que esa llamada se haga realidad es necesaria la respuesta humana. Hasta ahora todo consistía en saber escuchar a Dios, su palabra. Pero ahora es necesaria también la palabra del vocacionado. Esta respuesta se expresa en los relatos bíblicos de una forma afirmativa, asumiendo en la propia vida la vocación de Dios con gestos o palabras como Abrahán: “Partió Abrahán como le había dicho

el Señor” (Gen 12,4); Moisés: “Aquí estoy” (Ex 3,4), o María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. (Lc 1,38).

3. Misión

El sentido profundo de toda vocación viene dado por la misión; es la que, en definitiva, fundamenta la llamada. Dios no llama por llamar, llama por algo. En las narraciones presentadas aparece la misión de una forma clara. La misión de Abrahán consiste en ser el padre de un gran pueblo: “Yo haré de ti un gran pueblo” (Gen 12,2); la de Moisés es liberar al pueblo escogido de la esclavitud de Egipto: “He visto la aflicción de mi pueblo...Yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo” (Ex 3,7.10); Jeremías tiene la misión de ser el profeta de las naciones: “Te constituí profeta de las naciones” (Jer 1,5); María es llamada para ser la madre del mesías: “concebirás y darás a luz un hijo..., será llamado hijo del Altísimo” (Lc 1,31-32); los apóstoles para estar con él y para continuar su misión: “Designó entonces a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13) y la misión de Pablo va a ser el anuncio del evangelio entre los gentiles: “Anda..., para llevar mi nombre a todas las naciones, a sus gobernantes y al pueblo de Israel” (He 9,15).

El número 77 de la exhortación *Verbum Domini* de Benedicto XVI nos puede servir para cerrar este tema y concluir que la Palabra de Dios es un medio privilegiado para descubrirnos a nosotros mismos como llamados:

“(...) esta Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia”.

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. ¿Cómo descubro en mi propia vida los elementos de toda vocación?
2. ¿Qué narración vocacional de la Biblia te llama más la atención? ¿Por qué?

DISCIPULADO²

Objetivo

Reconocer que detrás de toda vocación hay una invitación a formar parte del discipulado de Jesús y conocer sus características principales.

Desarrollo del tema

1. Introducción

Queremos estudiar la primera experiencia del discipulado cristiano, es decir, la forma de vida que Jesús de Nazaret propuso a sus seguidores más cercanos.

2. El discipulado en tiempos de Jesús

A lo largo de la historia de Israel, la relación maestro-discípulo había sido cultivada en los círculos de los sabios (cf. Prov 2, 1) y entre los profetas (cf. Is 8, 16). El *discipulado propio de los círculos sapienciales* tenía como objeto la transmisión de la sabiduría adquirida a partir de la experiencia, mientras que el *discipulado profético* estaba centrado en la adhesión al profeta y al mensaje que transmitía de parte de Dios. Estas dos formas básicas de discipulado pervivían en tiempos de Jesús.

El tipo de relación que los sabios establecieron con sus discípulos se parece al que los escribas y maestros de la ley establecían con los suyos. La relación entre maestros y discípulos era muy valorada entre ellos y fue el pilar sobre el que se asentó la tradición rabínica que más tarde daría lugar al judaísmo tal como hoy lo conocemos. El principal objetivo del discipulado rabínico era enseñar la Ley y su recta interpretación. Normalmente no era el maestro quien elegía a sus discípulos, sino que eran éstos quienes solicitaban su instrucción (cf. Mc 12, 28-34).

El discipulado profético, representado en la relación de Elías con Eliseo (1 Re 19, 19-21), seguía practicándose en los movimientos de renovación suscitados por los profetas y caudillos que esperaban la inminente intervención de Dios. Juan Bautista fue el impulsor de uno de estos movimientos, y lo que sabemos acerca de él nos permite hacernos una idea de cómo llamaban a sus discípulos estos profetas.

La relación de Jesús con sus discípulos asumió rasgos de estos dos tipos de relación discipular. Por un lado, Jesús y algunos de sus discípulos fueron durante algún tiempo discípulos de Juan Bautista (cf. Jn 1, 27; Mc 1, 7; Jn 1, 35-42) y en el nuevo grupo formado por ellos perviven algunos de los rasgos de este tipo de discipulado profético. Por otro lado, Jesús tuvo gran interés en instruir a sus discípulos y lo hizo utilizando formas y recursos de la tradición sapiencial.

² Este tema está fundamentalmente tomado de S. GUIGARRO OPORTO, "Discipulado", en: E. BORILE, L. CABBIA, Y L. MAGNO (DIR.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005.

3. El discipulado de Jesús

Nuestra principal vía de acceso al discipulado de Jesús son los evangelios. Pero los evangelios son, al mismo tiempo, ventanas que permiten acceder a Jesús y espejos que reflejan la situación de las comunidades en que se escribieron.

El discipulado de Jesús posee *tres momentos* o ingredientes que están relacionados entre sí: la llamada, el seguimiento y el envío. Esta relación aparece en la invitación de Jesús a dos de sus primeros discípulos: “Veníos detrás de mí y haré que lleguéis a ser pescadores de hombres” (Mc 1, 17). Para conocer el discipulado de Jesús es necesario, por tanto, conocer con más detalle estos tres momentos que lo configuran:

a) Llamada

La llamada de Jesús a sus discípulos ocupa un lugar importante en los evangelios. Aparece en forma explícita en los llamados relatos de vocación y de forma implícita en muchos otros pasajes, en los que se habla de la decisión de seguir a Jesús. Aquí estudiaremos sólo los *relatos de vocación*, que recogen de forma sintética la experiencia de la llamada. Ahora nos centraremos en Marcos y Juan.

Los relatos de Marcos (cf. Mc 1, 16-18.19-20 par.; Mc 2, 14 par.) están ambientados en Galilea al comienzo de la actividad pública de Jesús. En ellos se revela la identidad de los que son llamados. La iniciativa parte de Jesús. El cual elige a quienes quiere y les exige una ruptura radical con sus familias. La finalidad de la llamada es doble: seguir a Jesús y colaborar en su tarea (llegar a ser “pescadores de hombres”). Finalmente, la respuesta de los discípulos es inmediata y ejemplar.

En los relatos del evangelio de Juan (cf. Jn 1, 35-42.43-51) la llamada está ambientada en Judea y tiene como contexto vital el grupo del Bautista y sus discípulos. La iniciativa no la toma normalmente Jesús ni tampoco quienes quieren seguirle, sino otros que dan testimonio acerca de Jesús (el Bautista, Andrés y Felipe). Sólo después de este testimonio se da un acercamiento a Jesús y un encuentro con él. En este tipo de relato las exigencias del seguimiento tienen muy poca importancia.

Los relatos vocacionales difieren en la ambientación geográfica y cronológica, en la descripción de los destinatarios, en el papel que desempeñan, en la finalidad y en las exigencias de la llamada, y en la importancia que se da a su respuesta. Existe, no obstante, *una coincidencia fundamental*, que sirve como punto de partida para acceder a la experiencia histórica de la llamada de Jesús: *todos estos relatos reconocen que la relación de Jesús con sus discípulos estuvo determinada por un encuentro inicial en el que fueron invitados a seguirle*. El verbo “seguir” (*akoloutheō*) ocupa un lugar central en todos los casos y se utiliza para designar la relación de los discípulos con Jesús después de aquel encuentro inicial.

Ahora bien, veamos los rasgos de la llamada de Jesús:

En primer lugar, las diversas tradiciones coinciden en que *Jesús llamó a sus discípulos con una autoridad poco común*. Al actuar así, Jesús se sitúa en el lugar que Dios ocupaba en los relatos de vocación del Antiguo Testamento. En dichos relatos era Dios quien llamaba directamente a los caudillos y profetas del pueblo, para encomendarles una misión. Jesús actúa de la misma manera y además pide a sus discípulos una adhesión incondicional a su persona. Esta autocomprensión de Jesús tiene que ver con su conciencia de filiación, que se manifiesta en la forma peculiar de dirigirse a Dios (*abbã*) y en sus enseñanzas sobre la oración. Esto significa que la llamada de Jesús a sus discípulos nace de la experiencia de su relación con Dios.

En segundo lugar, parece que *fue Jesús quien eligió a sus discípulos*. Aunque los diversos tipos de relato no coinciden, lo más probable es que la iniciativa partiera de Jesús. Marcos lo expresa con una frase lapidaria: “Llamó a los que quiso” (cf. Mc 3, 13). Jesús tenía un programa y para llevarlo a cabo necesitaba personas con unas cualidades determinados.

En tercer lugar, las tradiciones más antiguas muestran que *Jesús impuso a sus discípulos condiciones de extrema radicalidad*. La más importante de todas fue, sin duda, la ruptura con la casa, que era la principal institución social en el mundo helenístico-romano. Éste es el marco donde debe situarse la invitación a dejar las redes, a abandonar al padre, a dejar la barca, a levantarse del mostrador de impuestos, a vender las propiedades o a dejar de enterrar al propio padre. Esta ruptura con la familia no tiene una motivación ascética, sino que está en función de la misión que Jesús les quiso encomendar. Al romper sus lazos sociales quedaban libres para ayudar a Jesús en su misión.

Finalmente, *Jesús llamó a sus discípulos con una finalidad concreta*. Según la expresión de Marcos, “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14). Los llamó, en primer lugar, para que establecieran una nueva relación con él, una relación que implicaba no sólo el aprendizaje de su doctrina, sino la imitación de su estilo de vida y la identificación con su destino. En segundo lugar, los llamó para enviarlos a anunciar y hacer presente el reinado de Dios. La difusión de este anuncio es urgente, y por ello quiso rodearse de un grupo de discípulos que le ayudaran en su tarea. Para esta tarea no valía cualquiera, y por ello los escogió cuidadosamente y dedicó mucho tiempo a instruirlos con su palabra y con su vida.

b) Seguimiento

La llamada de Jesús a sus discípulos fue, en primer lugar, una invitación al seguimiento. *Jesús dirigió esta invitación a varios grupos de personas, que formaban en torno él tres círculos concéntricos*. En el primero encontramos al grupo de los Doce. El segundo incluye a otros seguidores que le acompañaban asiduamente. El tercero, en fin, estaba formado por los que aceptaron su mensaje y trataban de vivirlo sin abandonar sus familias y sus ocupaciones.

Muchas de las enseñanzas de Jesús sobre el discipulado son válidas para estos tres grupos, pero hay algunas que se dirigen sólo a sus seguidores más cercanos. Es en estas últimas donde mejor se percibe la originalidad del discipulado de Jesús y el sentido profundo de esta forma de vida. Según estas enseñanzas, ser discípulo de Jesús significa, ante todo, “seguirle” (Lc 9, 60; Mc 1, 18; 10, 28), “ir detrás de él” (Mc 1, 17.20). Estas expresiones tienen un triple sentido en las tradiciones sobre el discipulado. Se refieren, en primer lugar, al seguimiento físico, que consiste en ir detrás de Jesús con el objeto de aprender de él. También describen una actitud vital que consiste en compartir su estilo de vida. Y finalmente encierran un proyecto de vida, que se caracteriza por compartir el destino de Jesús.

El primer aspecto del seguimiento aparece continuamente en los relatos de los evangelios. El discipulado de Jesús, a diferencia de otras formas de discipulado de aquella época, implicaba la *convivencia continuada*, porque los discípulos no sólo tenían que aprender unas enseñanzas, sino que también debían ser testigos de las acciones en que se realizaba lo anunciado por Jesús.

La segunda dimensión del seguimiento se refiere al estilo de vida de los discípulos. Seguir a Jesús implicaba *compartir su estilo de vida*. Los evangelios han conservado algunos rasgos de este estilo de vida, que provocaba el escándalo y el rechazo de sus contemporáneos: el conflicto con su propia familia (cf. Mc 3, 20-21. 31-35), su estilo de vida itinerante, sin domicilio fijo (cf. Lc 9, 58 par.), sus comidas con los publicanos y pecadores (cf. Mc 2, 15-17), su actitud irrespetuosa hacia algunas normas y prácticas religiosas, como la observancia del ayuno (cf. Mc 2, 18-20), del descanso sabático (cf. Mc 2, 23-28), o de ciertas normas de pureza ritual (cf. Mc 7, 1-15).

La actuación de Jesús y las reacciones que suscitaba su estilo de vida nos permiten hacernos una idea de lo que implicaba ser discípulo suyo, pues quienes le seguían vivían como él vivía. Habían abandonado a sus parientes y sus ocupaciones para ir detrás de él (cf. Mc 1, 18.20; 2, 14); le acompañaban en sus comidas con los publicanos y pecadores (cf. Mc 2, 15); y transgredían, como él, las normas judías sobre ciertas prácticas religiosas (cf. Mc 2, 18.23-24; 7, 2.5). Esta forma de vida, que iba en contra de las normas sociales, provocaba el rechazo y la oposición.

La tercera dimensión del seguimiento va más allá de las dos anteriores, porque determina el proyecto de vida de los discípulos. Seguir a Jesús implicaba, en última instancia, *compartir su propio destino*. En realidad, esta tercera dimensión del discipulado es una consecuencia de la anterior, pues al asumir el estilo de vida de Jesús los discípulos asumieron el rechazo social que este comportamiento provocaba. Los discípulos experimentaron el mismo rechazo que Jesús por vivir como él vivía. Este estilo de vida le llevó a Jesús a la cruz, y era previsible que a los discípulos les sucediera lo mismo.

A este destino de muerte se refieren los discípulos de Jesús que Marcos ha colocado a continuación de los tres anuncios de la pasión (cf. Mc 8, 34-38; 9, 35-37; 10, 41-45). En ellos, junto a la exhortación de hacerse servidor y esclavo de los

demás, se habla de perder la propia vida y de tomar la cruz. El último de estos dichos relaciona explícitamente ambas cosas, explicando que el mayor servicio consiste en entregar la propia vida por los demás: "*pues el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a entregar su propia vida como rescate por todos*" (Mc 10, 45).

El discipulado de Jesús era, al mismo tiempo, *una forma concreta de actuar, un estilo de vida y un proyecto existencial*. Esta forma de discipulado se caracterizaba por una intensa relación con Jesús y por su carácter grupal. La centralidad de la relación con Jesús aparece ya desde el momento de la llamada (él es quien llama, y llama a quien quiere) y está presente en las instrucciones sobre el discipulado, que consistía en ir detrás de él para vivir como él compartiendo su destino. Pero al mismo tiempo Jesús invitó a sus discípulos a que vivieran esta relación con él junto a otros y daba mucha importancia a las relaciones dentro del grupo formado por sus discípulos. Por eso, al responder a la llamada de Jesús, los discípulos pasaban a formar parte de este grupo, en el que debían vivir según los criterios de la soberanía de Dios. De esta forma se convertían en un anticipo del reino de Dios que anunciaban.

c) Envío

Jesús llamó a sus discípulos para que le siguieran y para convertirlos más tarde en pescadores de hombres (cf. Mc 1, 17). Esto significa que tanto *la llamada como el seguimiento estaban orientados hacia la misión*. La intención de Jesús al llamar a sus discípulos fue reunir en torno a sí un grupo que le ayudara en la tarea de anunciar y hacer presente el reinado de Dios.

Pero Jesús no sólo les pidió que lo hicieran presente, sino que les envió a anunciar su llegada. Más aún, la invitación a hacerlo presente en el seno del grupo que formó con ellos tenía como finalidad última este envío. Por eso, para poder comprender adecuadamente lo que significa el discipulado de Jesús, es preciso conocer cómo entendió la misión encomendada a sus discípulos.

La idea que Jesús tenía de esta misión puede percibirse a través de los términos con que designó a los enviados, de las imágenes con las que describió la misión y de los destinatarios de dicha misión.

Los *términos* que Jesús utilizó para referirse a sus enviados no proceden de los oficios religiosos o civiles de la época, sino de oficios comunes. Los discípulos fueron llamados para ser pescadores, jornaleros o pastores. Algunos de estos oficios tenían, incluso, connotaciones negativas en la cultura de Jesús. Los jornaleros, por ejemplo, pertenecían al estrato más bajo de los campesinos; no tenían tierras y tenían que ofrecerse como temporeros a los propietarios del latifundio (cf. Mc 20, 1-16).

Esta misma provisionalidad aparece en las intensas connotaciones escatológicas de las *imágenes* utilizadas por Jesús para referirse a la misión. La imagen de la siega es, tal vez, la más clara de todas (cf. Mt 9, 37s = Lc 10, 2). En

los profetas del Antiguo Testamento, esta imagen evoca la intervención definitiva de Dios al final de la historia para juzgar las acciones de los hombres (cf. Mt 13, 24-70; Ap 14, 15). La imagen de la pesca (cf. Mc 1, 17) tiene también connotaciones de juicio en el AT (cf. Jr 16, 16). Y lo mismo puede decirse de la promesa de un pastor que Dios suscitará para guiar a su pueblo (cf. Ez 34, 23; 37, 24), aunque esta imagen puede aplicarse mejor a Jesús que a los discípulos (cf. Mt 9, 36; Mc 6, 34).

Todas estas imágenes hablan de una misión urgente, la cual tiene como horizonte la intervención definitiva de Dios en la historia. Jesús anunció el inicio de dicha intervención cuando proclamaba: “Ha comenzado a llegar el reinado de Dios” (Mc 1, 15). Las imágenes utilizadas para referirse a la misión son, por tanto, coherentes con el contenido central del mensaje de Jesús. No se trata de una acción a largo plazo, sino de una tarea urgente para la que apenas hay tiempo.

4. Orientaciones para la pastoral vocacional

La pastoral vocacional debe inspirarse en el discipulado de Jesús, porque es continuación de aquella primera llamada para el seguimiento y la misión. Por eso, un mejor conocimiento de la experiencia original que configuró la relación de Jesús con sus discípulos puede ofrecer a la pastoral vocacional una inestimable aportación.

Para concluir, vamos a presentar algunos de estos rasgos sugiriendo cómo podrían traducirse hoy en la tarea vocacional:

- 1. La llamada de Jesús forma parte de un proyecto más amplio: anunciar la llegada del reinado de Dios. El punto de partida de aquella llamada fue una nueva e intensa experiencia de Dios, y la meta, hacer partícipes a otros de esta buena noticia. Este hecho nos remite al contexto, al “desde dónde” y al “para qué” de la pastoral vocacional. Si ésta no nace de una profunda experiencia espiritual y no tiene un proyecto que proponer, quedará cerrada sobre sí misma en un círculo narcisista.*
- 2. La llamada de Jesús es que llamó a los que él quiso, y lo hizo con un criterio muy preciso, pues eligió a personas que podían llevar a cabo la tarea que él quería encomendarles. Este dato invita a pasar de una pastoral vocacional pasiva, que centra todas sus energías en acoger a los que vienen, a una pastoral vocacional activa.*
- 3. La llamada de Jesús era una invitación al seguimiento. Este seguimiento en estar con Jesús para compartir su estilo de vida y su destino. Lo más característico de esta forma de discipulado es, por tanto, la relación personal con Jesús. Es, como hemos visto, una relación que tiene por objeto compartir su propia misión.*
- 4. La llamada de Jesús al seguimiento tenía como horizonte la misión. La relación de los discípulos con él mientras lo seguían estaba en función del envío. El horizonte de la misión es absolutamente necesario para cualquier pastoral vocacional.*

Todos estos elementos están relacionados entre sí. Para llevar a cabo la misión de anunciar y hacer presente el reinado de Dios es necesario un proceso de formación centrado en la relación personal con Jesucristo.

Cerramos este tema con una cita del Papa Francisco inspirada en el Documento de Aparecida:

“Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?” (Evangelii gaudium, 120)

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. Después de lo leído, ¿qué entiendes por discípulo?
2. ¿Cómo proponer a los jóvenes de hoy el discipulado de Jesús como estilo de vida?

ANTROPOLOGÍA Y CULTURA VOCACIONAL³

Objetivo

Dar respuesta a la necesidad de conocimientos apropiados sobre antropología cristiana para la labor y desempeño del animador vocacional.

Desarrollo del tema

La pastoral vocacional, que pretende promover una respuesta cada vez más adecuada y madura de la persona a la llamada de Dios en Cristo, debe estar siempre atenta a integrar, lo más eficazmente que pueda, la propuesta de vida que viene de Dios y la situación existencial de la persona a quien se dirige esa propuesta.

Para conseguir esto, *la pastoral vocacional necesita tener una clara antropología cristiana de referencia*, capaz de integrar todos los conocimientos útiles acerca de la persona procedente no solo de la *Revelación*⁴ y de la *reflexión teológica*, sino también de las *ciencias humanas*.

Se necesita una antropología de la vocación cristiana que permita comprender las dinámicas de la persona que quiere abrazar la vida consagrada o simplemente busca asumir plenamente su proyecto de vida cristiano.

1. Antropología y vocación

Vocación es el término clave de la antropología cristiana. La vida humana se debe concebir como *vocación* pero, para que esto sea posible, hay que profundizar en dos aspectos:

1. La **llamada** de Dios en Cristo, que conocemos por la revelación, por los textos del magisterio eclesial que la interpretan con autoridad y por la reflexión teológica;
2. Las **disposiciones** humanas que favorecen o condicionan la recepción de esa llamada y la respuesta a ella: inteligencia, libertad, pecado, responsabilidad, conciencia. En la primera parte de la *Gaudium et spes*, el concilio Vaticano II señala las ventajas de este segundo aspecto. Y recomienda que se conozcan *suficientemente las ciencias humanas* para llevar a los fieles "a una vida de fe más pura y más madura".

El estudio de las *disposiciones humanas* implica que se considere también la *motivación* del hombre. Una respuesta existencial y libre a Dios supone que en la

³ Este tema está fundamentalmente tomado de C. BRESCIANI, "Antropología", en: E. BORILE, L. CABBIA, Y L. MAGNO (DIR.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005.

⁴ Se entiende por "Revelación" todo aquello que Dios ha revelado de sí mismo a la humanidad por medio de la Sagrada Escritura y la Tradición viva de la Iglesia.

motivación de la acción humana haya un punto de contacto entre la llamada y la respuesta. Únicamente de esta forma se puede concebir la libertad humana en la respuesta a la vocación de Dios. El motivo que lleva al seguimiento según la voluntad de Dios no puede ser otro que el amor desinteresado e incondicional a él (cf. Mt 22,37-40), un amor exento, en lo posible, de motivaciones utilitarias y defensivas.

2. Orientación de la persona al fin

Un dato fundamental de la antropología cristiana, sobre todo si se la considera a la luz de la vocación en Cristo, es que *las personas, en sí mismas, tienen una orientación al fin* (Alfaro, 1973). Para saber quién es el hombre hay que partir del fin al que está orientado desde su ser más profundo. A la pregunta sobre quién es el hombre, la *Gaudium et spes* responde haciendo referencia a su vocación: “*el hombre ha sido creado ‘a imagen de Dios’, capaz de conocer y amar a su Creador*” (n. 12). Ha sido creado por Dios en Cristo y con vistas a Cristo para que conozca y ame al Padre en él.

En el misterio del Verbo encarnado, la antropología cristiana encuentra una luz nueva para iluminar el misterio del hombre: “*Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación*”. Por consiguiente, la antropología no puede ser sino *crístocéntrica*.

El hombre es, por su condición existencial, un *ser llamado*. Y la llamada inscrita en su naturaleza es la que lo orienta a la realización de su fin como criatura. “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Al llamarlo a la existencia *por amor* lo ha llamado también *al amor*”. El amor cristiano es al mismo tiempo e inseparablemente amor a Dios y amor al prójimo, y exige al hombre una autotranscendencia permanente. Al autotranscenderse en el amor, realiza plenamente no ya su ser cristiano, sino sencillamente su *ser hombre*.

Con otras palabras el cristiano está llamado a la santidad, a vivir en unión con Dios, imitando a Jesucristo para conseguir la gloria eterna que ha prometido a los que cargan con su cruz y lo siguen por el camino de la caridad.

Es imposible concebir la persona desde una perspectiva cristiana si se excluye que está *destinada en definitiva a la resurrección*. La vocación de la persona a la vida, a la comunión con Dios por Cristo en el Espíritu Santo a través de la Iglesia, se consumará y realizará plenamente en su participación de la gloria eterna en la comunión Trinitaria.

3. El sentido de la vida

La cuestión del hombre se le plantea a él mismo como la cuestión de sentido de la vida. Y lo hace con preguntas como estas: *¿Merece la pena vivir?, ¿merece la pena tomarse la vida en serio?, vivir, ¿para qué, por qué razón?, ¿qué es lo que*

justifica que me tome la vida en serio y cuál es el futuro que ella me anuncia? Estas preguntas demuestran no solo la necesidad de dar sentido a la vida humana para poderla vivir humanamente, sino también que el primado corresponde al futuro, a la finalidad. Se puede responder a estas preguntas porque la vida humana tiene *ya un sentido*. El hombre solo consigue que su vida tenga pleno sentido si descubre el sentido que ya se le ha dado en la creación de Dios.

4. La unidad de la persona

Para que la persona se realice es preciso *obedecer* a una verdad que trasciende a la propia persona, pero que está escondida en ella. Obedecer a su estructura personal como criatura, que es a la vez – e inseparablemente- *corporal* y *espiritual*. Cuando falta esta obediencia, la persona se desintegra en una serie inconexa y manipulable de pulsiones parciales hacia bienes particulares que no están armónicamente entrelazados en un proyecto vital significativo⁵.

5. Tensión antropológica básica

La vida del hombre se caracteriza por una tensión básica, pues es *un ser de por sí contradictorio y dividido*. La orientación final a autotrascenderse en la donación de sí mismo se inserta en la realidad concreta del hombre, marcado por una serie de profundos desequilibrios debidos a la concupiscencia, herencia del pecado. En el hombre hay muchos elementos que contrastan entre sí. Débil y pecador, a menudo hace lo que no quiere y no hace lo que quiere, por lo que está dividido dentro sí mismo.

Esta contradicción no se debe a condicionamientos ambientales, sino que es intrínseca a la naturaleza humana. El hombre nace ya dividido, y por tanto esa división no se debe a la sociedad, ni a la educación, ni al ambiente. Hay en él un deseo de infinito al que tiende con sus ideales, pero también está apegado a la inmediata realidad finita.

Hay en él:

- un yo que se da a los demás, que se alegra y sufre por ellos,
- y otro yo pegado a si mismo que solo se preocupa por sí mismo.

En la persona hay interacción pero también conflicto entre estos *dos aspectos de su yo*: el yo centrado en sí mismo y el yo que se trasciende.

6. La libertad

La libertad humana es *una libertad situada en medio de una serie de condicionamientos internos y externos a la persona*. Las ciencias humanas pueden contribuir a entender la libertad de la persona, pero la antropología

⁵ Quedará siempre, en su corazón, ese anhelo de ser que no ha sido satisfecho, porque se sentirá en fraude, con fallas, incompleto.

cristiana no puede olvidar que se trata de *una libertad liberada que necesita liberarse continuamente mediante una vida de caridad*. No se puede concebir la vida humana como vocación sin profundizar en la acción del Espíritu que da la libertad.

La relación entre la acción divina de la persona y la libertad humana ha sido siempre objeto de reflexión en la teología católica desde san Agustín. Es la relación entre naturaleza y gracia. En las disputas que ha habido en la historia de la teología, el magisterio de la Iglesia ha defendido siempre *la libertad como elemento esencial de la naturaleza humana* – incluso en el estado de naturaleza caída a causa del pecado original-, *aunque sin negar su debilidad*.

Por los condicionamientos en que se sitúa, tenemos, por un lado, *la libertad esencial* como dato originario de la persona. Esta libertad se refiere más bien al acto interior de voluntad que opta por una meta determinada por que la persona decide así. Y, por otro, *la libertad efectiva*, que es la capacidad que realmente se tiene para llevar a cabo la opción que se ha hecho, y que puede ser obstaculizada o disminuida por condicionantes interno o externo a la persona. Esto sirve para cualquier opción. Puede ser influenciada, disminuida o bloqueada por diversos factores, culpables o no.

Los más importantes son: el *conocimiento objetivo* y la posesión de los valores cristianos; la *capacidad de la persona* para dejarse atraer por ellos; posibles límites psicopatológicos o caracterológicos; los *conflictos psicológicos* inconscientes que operan de hecho de modo inconsciente en la persona y que la inducen a interpretar reductivamente la vocación integral al amor y los compromisos inherentes a la vida cristiana; la propia *estructura corpórea* del hombre; las *presiones* de las personas o grupos en los que la persona está inserta.

Si no hay libertad de trascenderse en las opciones concretas, es imposible que la persona viva su entrega a Dios en sus actitudes y comportamientos reales. Esto lleva a afirmar que la plena realización de la vocación cristiana depende de la libertad efectiva de la persona.

7. Dimensión social de la persona

La antropología cristiana sostiene que el hombre es un *ser social*. La vida humana no solo tiene una dimensión íntima, sino también – y esencialmente- una proyección social, comunitaria, eclesial. La persona crece en todas sus dimensiones y responde a su vocación mediante su relación con los demás, los deberes mutuos y el coloquio con los hermanos.

La caridad es la ley del pueblo nuevo, reunido por el amor del Padre. El hombre es llamado al amor y amar al prójimo. Así, a la vez que realiza su vocación personal, construye la comunidad de personas. Su espiritualidad no podrá ser sino comunitaria y eclesial.

Del carácter social de la persona se deduce con toda claridad que la respuesta a la vocación personal no puede ser independiente a la llamada a

ser pueblo. Por eso dice la *Lumen Gentium*: “Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo que lo reconociese de verdad y lo sirviera con una vida santa”.

Una antropología individualista carece de fundamento si se concibe la vida como vocación en Cristo al amor de Dios y al prójimo según el mandamiento de Dios.

8. La persona llamada a una continua conversión

El crecimiento del hombre en madurez cristiana exige pasar de un sistema de motivaciones centrado en sí mismo (egoísmo y pecado) a otro abierto a la trascendencia en el don de sí mismo. Esto sucede *gradualmente* en el marco del desarrollo de la personalidad y requiere el compromiso personal a la hora de situar la propia acción bajo el influjo de la gracia que llama a la *conversión* (conversión intelectual, moral, religiosa).

Finalizamos con texto para cerrar este tema y terminar de comprender la importancia de la antropología cristiana –saber qué es el hombre según el designio del Creador- para la pastoral vocacional:

“La antropología anti-vocacional del hombre sin vocación da razón de la urgencia de recrear una cultura vocacional. Y es importante pensar que los problemas de la pastoral vocacional no son solamente problemas de la Iglesia sin sacerdotes y sin consagrados. ¡Es problema del hombre y de la concepción del hombre! Por esta razón es importante no desarrollar una pastoral vocacional que busque simplemente llenar los seminarios y los noviciados. No. Propiamente, la pastoral vocacional es la vocación de la pastoral hoy, pues se trata de modificar esta antropología y desactivar esta concepción que pone en el centro de la vida al mismo hombre. Se trata de entender que el hombre ha sido llamado, y ha sido llamado por el Otro –que es Dios- que se pone en el centro de la vida y que es el único que puede llamar... ¡y de hecho es el que me ha llamado a mí a la vida!”⁶.

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. Entonces, ¿por qué es necesario el conocimiento de la antropología cristiana para la pastoral vocacional? ¿Puedes explicarlo de forma sencilla?
2. ¿Cómo entienden el concepto de libertad los jóvenes que conoces? ¿Cómo lo entienden los adultos? ¿Qué puede aportar la visión cristiana de la libertad?

⁶ J. C. MARTOS, *Abrir el corazón. Animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Ed. Claretianas, Madrid 2007, 32.

CULTURA VOCACIONAL⁷

Objetivo

Aproximarnos, como agentes pastorales, al concepto de “cultura vocacional” tan importante en la Pastoral Vocacional que propone el Magisterio de la Iglesia y que constituye una pieza clave del IVAR.

Desarrollo del tema

Evangelización y vocación son dos elementos inseparables. Es más, el criterio de autenticidad de una buena evangelización es la capacidad de suscitar vocaciones, de madurar proyectos de vida evangélica, de hacer partícipes por completo a aquellos que son evangelizados hasta hacer de ellos discípulos, misioneros, testigos y apóstoles. Sentimos hoy, más fuerte que nunca, el desafío de hacer que la pastoral eclesial se haga realmente vocacional, promoviendo una «cultura vocacional», es decir, un modo de concebir y de enfrentarse a la vida como don recibido gratuitamente de Dios para un proyecto o una misión, según su plan (Cf. Pascual Chávez Villanueva, sdb).

1. “Cultura”

El Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral sobre la Iglesia, *Gaudium et spes*, confeccionó una descripción de *cultura* en el número 53, refiriéndose a ésta como a todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla las múltiples cualidades espirituales y corporales que le permiten acceder a una humanidad plena y verdadera. El Papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* dio un paso adelante, llamando a toda la Iglesia a enfrentar la tarea de la evangelización de la cultura y de las culturas.

El Documento conclusivo de la III Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe en Puebla (México) asumió los planteamientos de la *Gaudium et spes* y la interpelación de Pablo VI, y en el número 386 describió la palabra *cultura* como “*el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios, de modo que puedan llegar a un nivel verdadero y plenamente humano*”. La misma idea se recogió de nuevo en el *Documento de Aparecida*, en el número 476.

Por lo cual, la cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. La cultura es una realidad histórica y social (Cf. *Documento de Puebla*, 392).

⁷ Este tema es un extracto del artículo de Fr. Fabián López Martín OAR, “Del «animador vocacional» a la «comunidad vocacional»”, en *Recollectio* 38 (2015) 255-277.

Cultura es, por tanto, todo un complejo que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y todas las demás disposiciones y hábitos adquiridos por el hombre, en tanto que es miembro de una sociedad (E. B. Tylor). La cultura conlleva saberes, pero, sobre todo, tiene que ver con el modo en que una sociedad se sitúa en el mundo y en una época determinada; es decir, tiene que ver con un estilo de ser persona, con la selección de unos determinados valores de autorrealización (en otros términos, priorizar y hacer carne esos valores), con el sentido que se le da a la existencia (Javier Garrido, ofm).

A partir de estas descripciones de *cultura* podemos distinguir, al menos, cuatro elementos claves a tener muy en cuenta.

La **cultura**:

1. **es** una producción de la interacción humana y se concreta en el modo y el estilo propios de una comunidad específica, con sus leyendas, mitos, ritos, tradiciones, etc.
2. **funciona** como un marco de referencia que permite ordenar la vida e interpretar las distintas experiencias humanas de los pueblos.
3. **no es** una realidad estática, sino dinámica, pues el ser humano crea cultura, la interpreta, se nutre de ella, la trasmite y la va enriqueciendo con el pasar de los años.
4. **conlleva** una fuerte implicación personal para vivir según el modo en que se cree y en el cual todos están más o menos de acuerdo.

Es éste concepto de cultura el que queremos asumir para hablar de la «cultura vocacional». Por lo cual, podemos ya indicar que *la «cultura vocacional» no es una cultura paralela a la cultura actual, sino una propuesta, ciertamente cultural, pero que es la propia del Evangelio. La cultura de lo vocacional propone el evangelio a la cultura histórico-sociológica en clave vocacional.*

La dinámica que desencadena esta cultura de la vocación es la misma que desencadena la Palabra divina que, como una semilla colocada en el corazón de la civilización humana, despliega y expande la cultura del hombre y la encamina hacia su mejor posibilidad; la hace cultura del amor. La «cultura vocacional» pone esta semilla de amor en el corazón del hombre que le lleva a ponerse en camino de plenitud. Así, la «cultura vocacional» propone vivir en Dios, que es el amor.

2. **Qué queremos decir cuando hablamos de «cultura vocacional»**

A partir del II Congreso Latinoamericano de vocaciones, la expresión «cultura vocacional» se fijó, principalmente, en tres núcleos dinámicos: una mentalidad vocacional o componente intelectual, una sensibilidad vocacional o componente afectivo, y en una praxis vocacional o estilo de vida. La *mentalidad vocacional* hace referencia a la verdad teológica de la vocación

(*logos*), la *sensibilidad vocacional* a la subjetividad de la llamada (*pathos*), y la *praxis vocacional* a los gestos que la hacen creíble y la sostienen en el espacio y el tiempo (*ethos*). Al primer núcleo corresponde la teología de la vocación, al segundo, la espiritualidad vocacional y, al tercero, la pedagogía vocacional.

2.1. Teología de la vocación

La *teología de la vocación* se refiere, pues, a la reflexión acerca del hombre a partir de la fe contenida y expresada en las Escrituras y en la tradición de la Iglesia. Esta reflexión creyente sobre el hombre da por sentado que éste no se da sí mismo la vida, sino que Alguien lo pensó y lo amó, y, porque lo pensó y lo amó, por eso mismo vino a la existencia. Además, por el simple hecho de existir, tiene una misión muy personal e intransferible en esta vida. Y en descubrirla y ajustarse a ella se juega su auténtica felicidad:

“[...] el hombre será feliz y plenamente realizado estando en su puesto, aceptando la propuesta educativa divina, con todo el temor y temblor que una tal exigencia suscita en su corazón de carne” (In verbo tuo, 16).

La vida, desde este punto de vista, es un don de Dios que, para realizarse en plenitud, ha de desplegarse en un bien que se comparte y se entrega a los demás con la misma lógica con que Dios lo otorgó: la de la gratuidad y la gratitud. Por lo tanto, la vocación es una llamada gratuita, abierta a la gratuidad y a la plenitud de la persona. Y el ser humano no alcanza del todo su plenitud aquí en este modo de existencia por muy bueno que este sea, sino hasta que llegue al lugar de su reposo definitivo, allí a donde Dios lo invita y atrae mientras existe: la vida feliz junto a él:

“Señor, nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti” (San Agustín, Confesiones I, 1,1).

2.2. Espiritualidad vocacional

Con *espiritualidad vocacional* nos referimos a la *sensibilidad de la fe* que desencadena la comprensión de la teología vocacional. Si la teología de la vocación parte de la vida como un don, la espiritualidad vocacional vuelve a la vida y a su dinámica interior donde se recrea ese don, se agradece, se celebra y se comunica a los demás. La vida cristiana está encaminada a que la persona de fe se encuentre personalmente con el Dios vivo y verdadero, hecho carne, Palabra y rostro en Jesucristo, y con él inicie una relación de amistad y a él responda libremente a la llamada particular que le dirige.

2.3 Pedagogía de la vocación

La pedagogía de la vocación está relacionada con la centralidad de los itinerarios de fe en la iniciación cristiana, en la evangelización y en la animación vocacional. El concepto de "itinerario" se refiere sobre todo a la secuencia, ordenada y sucesiva, de etapas y de estrategias que, al menos como hipótesis, asegura el alcance de una meta determinada. El itinerario es el proyecto completo del dinamismo de la vida y de la vida como vocación⁸.

3. Condiciones de posibilidad de la «cultura vocacional»

3.1. Lo que hay que saber (el kerigma vocacional)

El Papa Pablo VI apuntó en su mensaje para la XV Jornada de oración por las vocaciones lo siguiente: "Que ninguno, por culpa nuestra, ignore lo que debe saber, para orientar en un sentido diverso y mejor, la propia vida". Este es el punto delicado del trabajo de la animación vocacional, pues la Iglesia, Madre y Maestra, en el servicio que presta a la evangelización, ha de buscar diversos modos de indicar respetuosamente al hombre de hoy aquello que es necesario saber, para poder tomar las decisiones importantes de la vida en el ejercicio de la propia libertad (Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 80). En esto consiste, básicamente, la propuesta vocacional o proclamación del kerigma vocacional.

El kerigma vocacional radica en el **anuncio** integral de la llamada de Dios como obra que él realiza en nosotros y, desde la fe, se dirige a todas las personas y, en particular a los jóvenes, como una Buena Noticia capaz de dar un sentido a sus vidas y abrirles horizontes de libertad. Incluye la propuesta de una interpretación de su existencia y de unas actitudes nuevas que cada uno en sus circunstancias ha de poner en práctica.

El contenido concreto del kerigma vocacional se puede resumir de la siguiente manera: "Tu vida no es resultado de la casualidad o de un error, se ha originado en el amor y ha sido creada por Dios. Por ello puedes estar seguro de que eres incondicional y definitivamente amado. Este amor originario ha impreso en tu existencia un orden, según el modelo de Cristo. Tu vida tiene un sentido objetivo que necesitas descubrir poco a poco. Se trata de un don que no se agota en ti mismo, porque se ordena a los demás. Desarrollar ese don es tu tarea. Cuando asumes este designio y esta dirección, tu libertad adquiere un nuevo sentido, absolutamente original"⁹. Esta es, en definitiva, la propuesta que se anuncia en la animación vocacional como una Buena noticia que da una orientación definitiva a la vida.

El Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica *Dios es amor*, señaló al respecto que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran

⁸ Proyecto entendido como un plan que espera ejecución. NO es un idea posible, sino que implica "un hacer camino" para corresponder a la misión.

⁹ cf. E. LAVANIEGOS GONZÁLEZ y R. BARRÓN PORCAYO, *El Kerigma vocacional. Materiales para un primer anuncio de la vocación*, México, 2009.

idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva". Lo fundamental es pues, conocer y poder llegar a amar a Dios, *con todo el corazón, con toda el alma, con todo las fuerzas (Dt 6,5)*. Quien da cabida a Jesucristo en su existencia encuentra la fuerza y la motivación profunda para tomar decisiones valientes, y puede abrirse al futuro con esperanza.

En resumen, lo que se intenta es presentar la Buena noticia que da vida y esperanza al hombre de todos los tiempos; una Bella noticia que es capaz de llenarle el corazón y de abrirle nuevos horizontes.

3.2. A quiénes hay que dar a conocer el kerigma vocacional

Por tanto, sabemos lo que es necesario saber para despertar, discernir, cultivar y acompañar las vocaciones en la Iglesia. Pero ¿quiénes son los destinatarios de esta Buena noticia que suscita gozo y alegría? Pensemos en el colectivo más directamente destinatario de la labor vocacional: los adolescentes y jóvenes. ¿Quiénes son los jóvenes?

Existen varios análisis sociológicos sobre los jóvenes realizados por personas muy competentes. No obstante, cualquier análisis detallado sobre la realidad juvenil se queda corto a la hora de acercarse a los jóvenes concretos que encontramos por el camino y que van a nuestras iglesias. Incluso, para la «cultura vocacional», me atrevo a decir que más que saber de juventud, hay que *saber tratar con los jóvenes*. Lo que hace la diferencia entre “saber sobre los jóvenes” y “saber de jóvenes” es el tiempo de calidad que empleamos para escucharlos y encontrarnos con ellos.

Al respecto, dice Miguel Márquez Calle, ocd, lo siguiente: *“No es fácil acercarse al mundo de los jóvenes y ofrecerse a acompañar y alumbrar su búsqueda interior. ¿Quién se atreve a recorrer con ellos el camino de la exploración, de las dudas, del caos, del no saber, de las decepciones, de los hallazgos? ¿Quién atravesará con ellos este terreno pedregoso y tantas veces sin respuestas para arribar a la orilla de sus propios descubrimientos, de sí mismos, de Dios, de la vida? ¿Dónde se hallan los maestros que se atreven a esta empresa? Tenemos necesidad de mistagogos -quienes introducen en el Misterio de Dios-, de iniciadores vitales en el sendero complejo, insondable de la búsqueda interior”*.

Un aspecto clave en la «cultura vocacional» es la articulación necesaria que debe existir entre la pastoral vocacional y la pastoral juvenil, de tal modo que todos los esfuerzos de la pastoral juvenil han de converger en orientar al joven hacia una opción de vida cristiana en una vocación específica de servicio en la Iglesia. La pastoral juvenil es, por sí misma, vocacional y la pastoral vocacional no puede existir al margen de la pastoral de juventud. Desde este punto de vista, el horizonte de nuestra ocupación es la pastoral juvenil vocacional. Aunque, lo podemos decir con toda tranquilidad, la pastoral vocacional es un quehacer específico, se logre o no articular con la pastoral juvenil.

Siendo este planteamiento de praxis pastoral el ideal, lo cierto es que la realidad juvenil se nos escurre muy fácilmente de las manos, porque precisamente los jóvenes *siendo como son*, no es nada fácil hacerles destinatarios de lo que nosotros sabemos que puede ser una noticia significativa para ellos. Este es el *quid de la cuestión*: hacerles destinatarios de la Buena noticia del amor de Dios que despierta a la alegría.

El Papa Francisco hizo un guiño a la pastoral juvenil en la Exhortación apostólica postsinodal sobre la nueva evangelización, *Evangelii gaudium*. Reconoce que no es fácil abordar a los jóvenes, pero indica que son precisamente ellos los “callejeros de la fe” por la facilidad con que crean fuertes vínculos de fraternidad, se solidarizan con los males que aquejan a nuestro mundo y se embarcan generosamente en obras de caridad. Y, dice Francisco, es urgente que se les dé más protagonismo en la comunidad creyente, pues los jóvenes son “felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra”.

Si la confianza en Dios que llama funciona como un pulmón que oxigena la pastoral vocacional, el otro pulmón lo constituye la confianza en el corazón generoso de los jóvenes:

“La juventud es el ventanal por el que entra el futuro en el mundo. Es el ventanal y, por tanto, nos imponen grandes retos. Nuestra generación se mostrará a la altura de la promesa que hay en cada joven cuando sepa ofrecerle espacio” (Papa Francisco).

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. ¿Distingues con claridad elementos de una cultura vocacional en tu entorno social?
2. ¿Qué acciones pueden ayudar a trabajar mejor este aspecto dentro de la fase ARAR de nuestro IVAR?

TEOLOGÍA DE LA VOCACIÓN: EL DIOS QUE LLAMA¹⁰

Objetivo

Profundizar en el primer elemento básico de todo fundamento teológico de la pastoral vocacional: que Dios Padre es el origen de toda vocación y el hombre es el ser capaz de responder a la misma.

Desarrollo del tema

El tema de la vocación toma cuerpo a partir de las experiencias originales del encuentro entre Dios y el hombre narradas en la Biblia. El ser humano se reconoce en la acogida –o falla cuando pretende afirmarse en su negación- del encuentro con Dios que le precede y lo interpela. El tema de la vocación indica no sólo la primacía de Dios en la existencia de la persona, sino en el modo como se afirma, se hace experimentable, se sugiere, busca y provoca una respuesta de la propia persona.

Afirma todo esto mediante la metáfora de *la llamada*: forma simple de experiencia capaz de marcar estilo y simbolizar itinerarios existenciales no unívocos.

1. Dios habla y llama: datos desde la Biblia

a) Antiguo Testamento

El tema puede ser reconocido en el AT o bien a partir de episodios concretos o bien del verbo *qr'* (*gritar, llamar*), incluido el sentido del llamar por el nombre, de dar un nombre. Se considera una vocación cuando el Señor llama a alguien. Esta vocación es una elección, temporal o permanente, para una tarea, para una misión. Después del exilio el tema se aplica a todo Israel.

La comunidad convocada para el culto es designada como *miqra* (del verbo *qr'*), la (santa) convocación: en esta dirección se hallará la Iglesia (*ekklesía*). La elección del pueblo, su llamamiento para una alianza, de la que se habla gustosamente en términos esponsales, abre a la idea de la gratuidad de la vocación a la santidad, tema que prevalecerá en el NT. Tanto la relación *pueblo-individuos* como la de *misión-santidad* resultan decisivas para cualquier teología de la vocación.

La vocación divina es creadora. La narración del éxodo (“*de Egipto he llamado a mi hijo*”: Os 11,1) muestra cómo Dios hace existir como pueblo a un no pueblo; lo hace existir precisamente cuando lo hace “su” pueblo. También la creación del mundo es fruto de la palabra de Dios que manda existir a las criaturas, prontas a obedecer a su llamada (cf. Bar 3,33-35). La vocación divina

¹⁰ Este tema está fundamentalmente tomado de T. CITRINI, “Vocación (teología de la)”, en: E. BORILE, L. CABBIA, Y V. MAGNO (DIR.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 114-1150.

abre a los seres humanos un futuro dándoles un nombre, como a Abrahán, a Sara, hasta Juan y Jesús, posteriormente a Pedro.

b) Nuevo Testamento

El NT conoce un amplio abanico de historias de vocación muy originales: historias que, por su propia claridad, son y resultan ejemplares. Especialmente nítidas son las que tienen por protagonista al propio Jesús, en quien la voz de dios que llama encuentra su máxima expresión e inmediatez. Las narraciones evangélicas presentan unánimemente, aunque de maneras diferentes, la llamada de los primeros discípulos de Jesús, y posteriormente la de los Doce; otras narraciones se presentan también en momentos sucesivos de su ministerio.

Es verdad que ninguna de estas vocaciones ha podido consolidarse sin pasar por la experiencia de la pascua (pasión, muerte y resurrección). Esto significa que la nitidez de la experiencia vocacional de los primeros llamados debe ser comprendida dentro de la historia de su fe. Como el discernimiento y la interpretación de la persona de Jesús son indispensables para la fe de todos, la diferencia entre la experiencia vocacional de aquellos y la nuestra ha de colocarse en la relación original que tuvo en ellos el reconocimiento de Jesús y el de la propia vocación y misión.

c) La vocación de Jesús

La investigación bíblica ha puesto de relieve recientemente otro momento decisivo de la teología vocacional del NT: el de la vocación de Jesús en el contexto del bautismo en el Jordán.

El NT presenta a Jesús como *portador de una vocación centrada en la realización de la voluntad del Padre*; su obediencia filial, la escucha del corazón del Padre, y su entrega efectiva por amor a los hombres son el más claro testimonio de que su vida estuvo signada por un llamado y una respuesta, por vocación y misión.

A esto hay que sumar que Jesús mismo *despierta las conciencias* de muchos judíos de su entorno a *una vida entendida como vocación*. Su llamado a seguirle resuena en el Evangelio como una nueva forma de discipulado: ahora el verdadero Maestro pide para sí completa disponibilidad y entrega, no a una doctrina, sino a su propia persona¹¹.

2. La persona llamada

Todo lo dicho hasta aquí, y lo que se dirá en adelante, presupone el carácter dinámico del concepto “vocación”, fundado intrínsecamente sobre el acto expreso del verbo *vocare*, llamar, que, en cuanto tal, supone alguien que llama

¹¹ Cf. X. LEON-DUFOUR, “Vocación”, en: *Diccionario de vocabulario bíblico*, Barcelona 2001.

y alguien que es llamado. Por eso, si toda vocación en sentido activo es de Dios, en sentido “terminativo” (si es que no queremos hablar de sentido pasivo) es vocación de la persona llamada.

“La vocación arranca de un Tú y no de las cualidades o carácter del sujeto, ni de mucho menos de sus aspiraciones. El tú toma la iniciativa y sale al encuentro de un yo, ubicado en la historia, que además no dispone de los medios necesarios para llevar a cabo la misión a la que es convocado. La vocación en la Biblia tiene su raíz en la experiencia dialogal entre un tú que convoca y un yo que responde. Ella no puede confundirse con la inclinación o el atractivo natural de la persona, aunque sea en ocasiones signo y punto de partida. En el horizonte de la fe bíblica, la vocación nace del encuentro de la libertad divina y de la libertad humana; y se desarrolla como comunión y mutua autodonación”¹².

3. Vocación, comunión, misión

Comunión y misión, dimensiones esenciales del misterio de la Iglesia, están íntimamente implicadas en toda vocación.

La alianza de Dios con la *ekklesía* (iglesia) de cuantos él convoca se confirma y se renueva. Todo creyente, sin embargo, puede reconocer una vocación personal dentro de una misión que es de todos: el Espíritu dado a todos multiplica los carismas para la evangelización de la humanidad y para la *diakonía* (servicio) recíproca. Dios llama siempre para enviar; lo cual afecta a todos. Algunas vocaciones se caracterizan más en sentido ministerial, otras se presentan con una fecundidad más bien de redundancia y no como primaria acentuación y apremio, pero en unas y otras, implican entrega a Dios y fructificación en favor del prójimo, de la Iglesia, de la misión, son esenciales.

4. El Dios que llama

La teología de la vocación no es más que la reflexión sobre el misterio de un Dios llamante, Eterno llamante, y a su vez, es aproximación al misterio del hombre como ser llamado, convocado por la voz del Eterno que habló definitivamente en Cristo, el primer llamado.

Podemos cerrar este tema con tres textos del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones que refieren a la teología vocacional:

“Dios llama porque ama, llama amando y llamando ama. En consecuencia, la vocación es revelación del amor de Dios, de donde se deduce que no hay vocación sin Dios y sin amor y que solo a partir de ese Dios que ama y llama se puede dar lo que solo Él da: el amor” (54).

¹² A. BRAVO, *Seguir a Cristo. De la vocación a las vocaciones*, Salamanca 2009, 13.

“El Dios revelado en las Sagradas Escrituras es el que «eternamente llama». Creemos en un Dios que llama en un movimiento inherente a su identidad de Dios Amor, manifestada en el Verbo y su accionar. La vocación es entonces una manifestación de la identidad divina, una teofanía, y una invitación a vivirla en Jesucristo; una revelación de Dios que ha de ser respetada, valorada y acogida, a través de una palabra teológica que proviene de Él, como llamamiento, y de una palabra antropológica que depende del hombre, como respuesta. Es el diálogo entre las libertades del Creador y la creatura” (55).

“La teología vocacional es trinitaria en el sentido de que el Padre llama a la realización de un proyecto humano e histórico sobre la triple relación de los orígenes (creación): teologal, fraterna y apostólica; el Hijo convoca a un discipulado misionero que convierte el seguimiento en anuncio de su misterio redentor; el Espíritu Santo capacita para amar como Dios ama” (56).

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. ¿Se nota claramente en el texto leído que toda vocación debe ser considerada desde una razón teológica? Si lo tuvieras que explicar según los has leído ¿cómo lo explicarías?
2. Si no te ha quedado claro, pregúntate de qué forma lo puedes comprender mejor. ¿Hablarías con alguien, buscarías más información en algún buen libro o en internet?
3. ¿Qué papel crees que juegan la Biblia y el Magisterio de la Iglesia en la formación de los agentes de pastoral vocacional?

CRISTO, RAZÓN Y MODELO DE TODA VOCACIÓN¹³

Objetivos

Acercarse a la figura de Cristo, tanto como llamado del Padre, así como modelo de toda vocación, reconociendo que toda vocación cristiana sólo se vive a partir de una relación especial con su persona.

Profundizar en los rasgos más importantes del estilo de vida de Cristo: castidad, pobreza y obediencia, ya que todo agente de pastoral vocacional debe comprenderlos y darlos a conocer.

Desarrollo del tema

1. Comprensión vocacional de la persona

Uno de los mayores problemas del hombre actual, a pesar del puesto clave que ocupa en el mundo científico, es la búsqueda de su identidad ante el extravío del significado de su vida. Que el hombre haya perdido su identidad hay que relacionarlo con la pérdida del sentido de la vida que encierra su “vocación”.

En la *antropología bíblica*, la comprensión de la persona tiene un imprescindible acento vocacional que se debe a la acción creadora de Dios a través de la “Palabra”. El ser humano no sólo es creado, como todas las cosas, “con” la Palabra, sino que es creado como “interlocutor” de la Palabra. El carácter vocacional lo constituye desde el primer momento en que viene a la existencia.

El hombre aparece, pues, como el ser privilegiado que Dios “llama” a la vida, al que le “dirige la Palabra” y del que espera una respuesta a esta Palabra.

El hombre es “llamado a la vida” para vivir en comunión con Dios (GS 21). Por eso se le capacita para dialogar con él (GS 19), para responder consciente y libremente (GS 17), para colaborar y ser creativo (LG 62; AA 16). El hombre tiene en sí la orientación constitutiva de su crecimiento humano y forma con todos los demás hombres y mujeres una única familia para promocionarse mutuamente mediante el diálogo y la entrega de sí mismo (GS 24-26).

En la búsqueda de su propia identidad y en una mejor comprensión de sí mismo y del sentido de la vida humana, el papel de Cristo parece cada vez más decisivo. Pues en él, y sólo en él, como dice la *Gaudium et spes*, “el misterio del hombre se esclarece [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (n. 22). Esta nueva comprensión vocacional de la persona a la luz de la revelación de Cristo se realiza sobre todo conociendo a *Cristo como llamado y enviado por el Padre*.

¹³ Este tema está fundamentalmente tomado de M. BORDONI, “Cristo”, en: E. BORILE, L. CABBIA, Y L. MAGNO (DIR.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005.

2. Cristo, el primer llamado

Podemos decir que el texto fundamental de la llamada de Jesús como Hijo y Siervo con vistas a su misión de evangelizar el mundo es, para los sinópticos, el pasaje del bautismo (Mc 1,9-11; Mt 3,13-17; Lc 3,21-22).

El relato evangélico de la vocación bautismal de Jesús, que retoma los antiguos modelos de las vocaciones *proféticas*, contiene rasgos absolutamente nuevos, en el sentido que el propio Hijo “amado” es el “llamado” y “enviado” por el Padre como testigo de un amor infinito y misericordioso al mundo, y animado y guiado por su Espíritu de paz (el símbolo de la paloma, Mc 1,10). Esta vocación bautismal expresa y anticipa todo el sentido de la misión de Jesús, que el Bautista define como un bautismo en el Espíritu Santo (cf. Mc 1,8). En el evangelio de san Juan también Jesús es presentado como llamado y enviado. El propio Jesús se define como el que “ha sido elegido por el Padre para ser enviado al mundo” (Jn 10,36).

Ahora bien, ¿cuál es la misión del Hijo “enviado”? ¿Cuál es el objetivo de esta “vocación personal” que se cumple en la misión de encarnación de Jesús? La *misión* de Jesús es acercar a Dios, como Padre, a los hombres. El viene a desvelar el rostro del Padre, acercándolo a ellos como una persona que les hace sentir su *llamada*, su *vocación filial al amor*. En definitiva, con la encarnación y toda su entrega amorosa Jesús busca que los hombres y mujeres descubran su vocación de hijos en el Hijo.

3. Castidad, obediencia y pobreza en Jesús

Existen tres dimensiones importantes de la vida de Jesús. Porque no se trata de meros comportamientos o conductas estereotipadas del Maestro de Nazaret sino de *tres aspectos de su personalidad y su estilo de vida que han hecho que su vida tenga una clara y transparente orientación amorosa a Dios, su Padre, y a los hombres, sus hermanos*.

Especialmente la vida consagrada, vocación específica en la Iglesia, a lo largo de los siglos ha visto en estas tres dimensiones una forma de hacer memoria permanente de su estilo de vida en la Iglesia y un modo de vivir a plenitud su seguimiento. Nos referimos a la castidad, la pobreza y la obediencia.

Ahora bien, todos los creyentes debemos conocer cómo y de qué manera Jesús vivió estas tres dimensiones especiales de su vida. Laicos, consagrados y sacerdotes no podemos dejar de preguntarnos qué hay de especial en estas tres dimensiones de la vida cuando se ofrecen a Dios y constituyen un signo de total entrega a Él.

Ahora bien, veamos cómo estas tres notas están presentes en la vida de Jesús:

1. Jesús es casto, su cuerpo y su corazón son para el Padre y para la misión.

El celibato de Jesús no es una anécdota de su vida ni una mera virtud moral, incluso en su época distaba de serlo. Tampoco se trata de un rechazo o un desprecio a la vida conyugal. En los Evangelios es fácil notar que Jesús decide que toda su vida, cuerpo y alma, deben ser orientados, mejor dicho polarizados, hacia la misión, la evangelización. El mundo de sus emociones y afectos no se ve anulado ni mucho menos, sino que todo él, todas sus energías y anhelos, son reconducidos a partir de una experiencia honda de elección y amor filial indescriptible. La virginidad-castidad de Jesús es amor afectivo y efectivo por su Padre y la misión; pasión compasiva y profética por el Reino.

2. Jesús es pobre, se ha despojado de todo lo innecesario para enriquecernos con su amor.

La vida austera y sobria de Jesús así como su opción por los más pobres de su entorno social son la señal más transparente de su despojo, de su abajamiento (cf. Fil 2,5-11). La forma de siervo es el modo que tuvo Dios de hacerse pobre y llegar a redimir lo que parecía insalvable. Su pobreza es la mayor riqueza de la humanidad (cf. 2Cor 8,1-15). De ahí que para siempre la pobreza, en cuanto despojamiento de Jesús, sea camino de salvación. Sólo así cabe el deseo y la voluntad de resituar nuestra relación con los bienes materiales y los bienes del corazón.

A su vez, quienes le siguen deben recorrer un camino de despojo radical¹⁴. “Jesús «elige» necesitar a los apóstoles, dejando que sean ellos los que prolonguen su ministerio. De este modo, él mismo sigue llevando un camino de pobreza aceptando vivir «expuesto»: las palabras y los gestos de los Doce, su anuncio y sus relaciones pueden, ciertamente, confirmar o desmentir lo que él es o lo que anuncia. Pero sobre este particular, Jesús no parece vacilar en absoluto: en su momento había «establecido» a los Doce; ahora los envía como su representantes, pobres en medio de los pobres, sin ahorrarles las exigencias de un camino de maduración que tendrá como meta la plena configuración con él en la desnudez extrema y, no obstante, fecunda del Gólgota”¹⁵.

3. Jesús es obediente, toda su vida fue un continuo escuchar la voz del Padre y buscar afirmarse en su voluntad.

La obediencia es, ante todo, escucha, no sumisión. Si Jesús es modelo de obediencia lo es porque ha sabido escuchar la voz del Padre y la ha sabido descifrar incluso en los momentos de dolor y sufrimiento (cf. Heb 5,8). La obediencia de Jesús es el mayor testimonio de su fidelidad al proyecto de Dios y al rescate de los hombres. Por eso no hay obediencia sin escucha y sin esta doble fidelidad.

¹⁴ Cabe aclarar que no es despojo para en miseria. Sino que es la decisión de vivir sin necesitar nada que suponga poder; de esta manera, Jesús también está reconociendo a Dios como Aquel que dará a sus hijos todo lo que necesiten en el momento que lo necesiten por su gran amor providente.

¹⁵ G. PEREGO, *Nuevo Testamento y vida consagrada*, Ed. San Pablo, Madrid 2010, 193.

Estos tres aspectos de la vida de Jesús, para algunos, son la forma más conveniente para realizarse como personas y ofrecer un servicio de amor a la humanidad. Quien descubre que su corazón está hecho para Dios y para el servicio, puede también reconocer en esta opción de amor que implica ser casto, pobre y obediente, el estilo de vida que le libere para ser feliz y hacer feliz a los demás.

“Es el Espíritu quien suscita el deseo de una respuesta plena; es Él quien guía el crecimiento de tal deseo, llevando a su madurez la respuesta positiva y sosteniendo después su fiel realización; es Él quien forma y plasma el ánimo de los llamados, configurándolos a Cristo casto, pobre y obediente, y moviéndolos a acoger como propia su misión. Dejándose guiar por el Espíritu en un incesante camino de purificación, llegan a ser, día tras día, personas cristiformes, prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado” (Vita Consecrata, 19).

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. Toda persona es llamada a la vida y sólo se explica su razón de ser a la luz de Cristo, Verbo encarnado, ¿qué quiere decir esto?
2. ¿Alguna vez habías escuchado hablar de Cristo como “primer llamado”?
¿Qué significa para nosotros como bautizados en su Nombre?
3. ¿Sabías que Jesús vivió célibe, pobre y en total disponibilidad a Dios siendo obediente? ¿En qué te ayuda a vivir tu propia vocación el saber esto?

LA ANIMACIÓN VOCACIONAL Y LA FIGURA DEL ANIMADOR VOCACIONAL¹⁶

Objetivo

Profundizar en el concepto de animación y de animador vocacional con vistas de desarrollar un trabajo eficaz en nuestros Equipos de Animación Vocacional.

Desarrollo del tema

1. ¿Qué es la animación vocacional?

a) La figura de la animación vocacional

Animación alude sobre todo a la acción con la que se intenta *dar alma* (animar o dar vida) a algo en general o a alguien (reanimación).

La “animación vocacional” puede definirse como *una acción eclesial que intenta evidenciar la llamada que hace Dios, en Cristo, a toda persona*.

Luego hay que agregar que en la animación vocacional convergen múltiples operaciones que pueden ser leídas desde perspectivas distintas y complementarias. Sobre todo habrá que captar y evidenciar la *acción vocante* (animadora) de Dios. Y, en cuanto esta misma acción se expresa luego en la realidad de la Iglesia, la animación vocacional será objeto de una consideración específica en el ámbito de la praxis pastoral, llegando también a servirse de una serie de competencias de carácter científico, como las técnicas psicopedagógicas de animación¹⁷.

b) Animación en sentido teológico-espiritual

Se puede distinguir entre dos niveles complementarios de animación: *animación espiritual*, que describe la acción creadora y fundante del Espíritu de Jesús, y otro de *animación pastoral*, mediante el cual el creyente se deja configurar y conducir por ese mismo Espíritu. Se pone así en evidencia que el Espíritu santo, que siempre anima a la comunidad creyente, pone en marcha una animación vocacional primaria. Alcanzar este nivel primario de la animación vocacional significa, pues, captar el valor y el límite de una pastoral vocacional consecuente.

A una pastoral vocacional correctamente animada nunca le competirá llamar, que es algo propio del Espíritu (Jn 3,8), sino estar al servicio de su acción

¹⁶ Este tema está fundamentalmente tomado de W. MAGNIN, “Animación vocacional” y MAGNIN, W. “Animador vocacional”, en: E. BORILE, L. CABBIA, Y L. MAGNO (DIR.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005.

¹⁷ Incluso de técnicas y recursos propios de la ludia, ya que quien juega, disfruta; y quien disfruta, siente en el cuerpo que está buscando algo real, no pasajero. Por ejemplo: ver que una vocación vivida, se disfruta a pleno, te hace personal integral.

vocante, en el sentido de *re-clamar* continuamente a los creyentes a Él, permitiendo así que resuene sin cesar su voz y su Palabra. Aquí se sitúa propiamente toda obra de animación.

c) Técnicas psicopedagógicas de animación

La animación hunde sus raíces en todos los actos cuyo fin es dar vida y alma. Por eso, la palabra “animación” puede tener usos muy distintos: animación teatral, animación cultural, animación del ocio y tiempo libre, animación como conjunto de técnica e instrumentos para el trabajo en grupo.

La *animación vocacional en sentido pedagógico* se dirige en principio a todas las franjas de edades, aunque es cierto que su principal campo de actuación son los muchachos, los adolescentes y los jóvenes, intentando colocar en el centro de la acción al propio joven, con toda su amplia gama de potencialidades, siguiendo una línea pedagógica.

d) La animación vocacional en los documentos del Magisterio

En los documentos conciliares encontramos la expresión *animación cristiana* para pedir una presencia más viva de los laicos en las realidades temporales. Por otra parte, en algunos documentos de la Santa Sede se utilizan preferentemente los verbos *favorecer* y *promover* o *coordinar* las vocaciones. También se suelen utilizar: *incremento, cultivo, despertar, cuidado de las vocaciones*.

Cabe agregar que los cambios en la forma de llamar este sector de la pastoral muchas veces corresponden a un cambio en los contextos en que se desenvuelve. Como dice Fr. Fabián López Martín:

“No es nada extraño que los conceptos de «promoción vocacional», «promotor vocacional», tiendan a sustituirse por otros distintos, como son: «coordinador vocacional», «animador vocacional», «agentes de animación vocacional», etc. Con ello se quiere poner de manifiesto la ruptura entre un modo específico de entender el servicio de la promoción vocacional y un nuevo modelo que está emergiendo con fuerza.

Con esta sustitución de los modelos de la animación vocacional, a la vez que se agradece el esfuerzo de tantos «promotores vocacionales» que se han entregado de lleno a esta labor, se asume gozosamente un dinámico relevo en este magno servicio en la educación de la fe. Tal reemplazo de un esquema anterior de trabajo por otro nuevo no pretende ni mucho menos arrogarse el inicio de un estilo mejor, sino que simplemente intenta estar pendiente de las nuevas circunstancias en que hoy nos toca vivir y a las cuales se pretende ofrecer una respuesta adecuada”¹⁸.

18 cf. LÓPEZ MARTÍN, F., *Nuevo enfoque de la animación vocacional*.

e) **La animación vocacional en la praxis pastoral**

¿Cómo se sitúa la animación vocacional en la praxis pastoral? El principal destinatario de la pastoral vocacional es casi siempre el joven, que tiende a unificar por lo general gran parte de la acción evangelizadora de la iglesia particular. Por eso es necesario crear unidad en la acción pastoral para que, por caminos articulados y continuos, contribuya a que madure la vocación personal. Esto exige partir siempre de la situación concreta de los muchachos y muchachas, y de los jóvenes y las jóvenes, trazando un camino gradual y específico que permita que se realice en la persona interesada la palabra que Dios ha pronunciado desde siempre sobre ella (Lc 1,38).

Así pues, se puede intentar describir las etapas fundamentales de la pastoral vocacional, en la cual la animación vocacional –como *la fase de solicitud y de descubrimiento inicial de lo que Dios quiere para cada uno*- es algo primario y decisivo. Es un momento confiado sobre todo a la comunidad cristiana y a las numerosas ocasiones que ofrece la pastoral ordinaria, para favorecer el encuentro con las distintas perspectivas vocacionales presentes en esa comunidad cristiana.

En este primer nivel, la especificación vocacional permanece aún implícita, pero es fundamental ayudar al muchacho/a y al joven y a la joven a comprender que en la Iglesia todos son llamados. Es el momento de descubrir a Cristo de un modo especial, de aproximarse a la oración personal y comunitaria en el contexto de una experiencia litúrgica y sacramental más intensa, de tomar conciencia del carácter misionero de la Iglesia universal y local y de la multiplicidad y especificidad de los dones y de las vocaciones, de hacerse sensible a las necesidades del entorno en la búsqueda de respuestas adecuadas. A la etapa de animación vocacional, seguirán las de orientación, acompañamiento y formación vocacional específica.

f) **Nuevas perspectivas de animación vocacional**

Es importante sin embargo reconocer el peso que tienen y el condicionamiento que suponen *ciertos modelos culturales* incluso en las experiencias más comprometidas de la fe, como es la vocacional. Sólo si la comunidad cristiana lleva a cabo el complejo trabajo de animación vocacional se podrá seguir proponiendo convincentemente el seguimiento cristiano a los jóvenes de hoy.

Dos ejemplos:

- Pensemos qué significa proponer a los muchachos, muchachas y jóvenes de hoy una nueva forma de entender la *sequela Christi*, no como huida del mundo, sino como inmersión radical en él.
- Pensemos en la capacidad de la fe cristiana para crear formas auténticas de pertenencia, aun sabiendo que vivimos inmersos en una cultura de pertenencias débiles, selectivas y fragmentarias.

Por otro lado, la *vida ordinaria* comporta una serie de dinámicas y exigencias que acaban planteando temas que tienen poco que ver con los que cimentaron durante mucho tiempo la espiritualidad cristiana. Pensemos, por ejemplo, en el redescubrimiento de la subjetividad, en la atención a los valores de la amistad, de la corporeidad, de lo festivo, de la felicidad, etc.

Hay situaciones muy concretas que pertenecen a la cultura en que los jóvenes están inmersos, como la provisionalidad, la relatividad, la problematicidad, la conciencia (resignada o exaltada) de la propia finitud como verdad de uno mismo. La animación vocacional tiene también que afrontar hoy estas situaciones, siendo muy consciente de la gran ambigüedad que impregna estas dimensiones de la cultura actual.

2. ¿Quién es animador vocacional?

a) La figura del animador vocacional

Podemos adelantar una suerte de definición tomando en cuenta todo lo que se dijo antes sobre el concepto de animación vocacional: "*es aquél o aquella que realiza en la comunidad cristiana su tarea según el estilo y el método de la animación vocacional*".

b) Descripción de la figura

¿Qué se entiende generalmente por animador vocacional? Se entiende generalmente un creyente adulto¹⁹, hombre o mujer, sacerdote, religioso, religiosa o fiel laico. Todos los bautizados son, por definición, potenciales animadores vocacionales, aunque, justamente en virtud del bautismo, este servicio (ministerio) puede recaer, según los casos y de forma específica, en párrocos, padres, catequistas o educadores a quienes la comunidad cristiana reconoce o encomienda esta tarea. El que se recurra a un *animador vocacional* o a un *equipo vocacional* depende de situaciones especiales, aunque todas se pueden reducir a la escasez de determinadas vocaciones en la comunidad cristiana o en los institutos de vida consagrada.

c) Contextos operativos concretos

El animador vocacional tiene que estar preparado para ser *animador de animadores*, porque su papel no se reduce sólo a ser agentes de pastoral vocacional, sino a sensibilizar a la comunidad y preparar a los demás agentes pastorales para sentir responsabilidad vocacional.

El animador vocacional, dotado de gran capacidad de comunión, se inserta en las actividades pastorales de su parroquia o colegio, procurando

¹⁹ ¿Por qué un adulto? La madurez, la experiencia de vida... son las que permiten animar, dar vida. Es necesario haber "crecido" oportuna y fielmente para poder constituirse en animador vocacional. Esto no implica perfección, sino disposición madura hacia el servicio.

que la acción pastoral de su comunidad, tanto en su conjunto como en las intervenciones específicas de quienes trabajan en ella, tengan normalmente en cuenta la vertiente vocacional.

d) Al servicio de una nueva cultura vocacional

El tema de la pastoral vocacional que afecta hoy a la vida misma de la Iglesia consiste básicamente en lograr que cada creyente sepa que es sujeto de una respuesta vocacional. Es aquí donde habría que revisar sobre todo la profecía del animador vocacional.

¿Qué intervenciones podrían ser útiles y significativas? El primer elemento que un animador vocacional debiera tener en presente es qué lenguaje utilizar a la hora de proponer hoy la vocación. En la era de las manipulaciones típicas de los medios de comunicación no es difícil que una especie de «pánico de manipulación» aparezca incluso en la actividad del animador vocacional. Porque, frente a la disminución de sacerdotes y de religiosos, y frente al fracaso de muchos matrimonios, es preciso que alguien se encargue de hacer algo, de salvar lo salvable. Este razonamiento reduce las opciones de la vida a algo puramente instrumental. Por eso es preciso encontrar palabras nuevas para hablar de forma nueva de la pobreza, de la obediencia y de la castidad cristianas, y también del matrimonio y de la misión propia de la Iglesia.

Como para resumir lo dicho tanto respecto al animador vocacional como a la tarea de animación vocacional, leamos la siguiente orientación:

“Sin un verdadero cambio de mentalidad de la comunidad eclesial, la promoción y cultivo de las vocaciones no prosperará como conviene. De hecho, si cada cristiano no vive su existencia como vocación, la pastoral juvenil y vocacional carece del soporte necesario para producir los frutos deseados. Sin duda existen en la actualidad loables iniciativas y acciones para proponer a los jóvenes la vocación a la vida consagrada o al ministerio pastoral, mas ¿por qué son tan poco fecundos? La respuesta a la cuestión es compleja y no puede simplificarse, ya que entran en juego muchas y diferentes dimensiones; sin embargo, una constatación se impone de forma significativa a nuestra consideración: el conjunto del Pueblo de Dios parece no sentirse responsable del tema vocacional. Por tanto, esta es la urgencia que debe abordar la acción pastoral: marcar la existencia cristiana con la impronta vocacional”²⁰.

²⁰ BRAVO A., *Seguir a Cristo, de la vocación a las vocaciones*, Ed. Sígueme, Salamanca 2009, 133.



Preguntas para la reflexión personal y grupal

1. ¿Puedes definir en breves palabras la tarea de animación vocacional y compartirla con alguien?
2. ¿Te sientes animador vocacional? Según lo que leíste, ¿cómo puedes mejorar tu servicio y de qué forma concreta?

COMUNIDAD VOCACIONAL²¹

Objetivos

Generar conciencia de la necesidad de formar comunidades vivas que fomenten una auténtica cultura vocacional sin exigir esfuerzos aislados de un animador vocacional que suele trabajar en solitario.

Desarrollo del tema

1. Animar vocacionalmente en comunidad

En la comunidad cristiana y religiosa, todos deberíamos ser animadores vocacionales. No obstante, la «cultura vocacional» continúa siendo hoy día una asignatura pendiente. La poca o mediana implicación de los seglares y de los religiosos en la tarea de la animación vocacional, nos indica que no podemos dar por supuesta la «cultura vocacional» y sus repercusiones concretas en la pastoral. Por tanto, hay que seguir insistiendo en ésta, para que se dé un paso más en nuestras comunidades.

El punto neurálgico de la apuesta concreta de la comunidad cristiana y la comunidad religiosa por la «cultura vocacional» radica en la renovación y la revitalización de la vida comunitaria. En aquellas comunidades en las que se pueda descubrir, vivir y celebrar intensamente la propia vocación, la vida de oración, las relaciones fraternas, el compromiso en la misión, la acogida vocacional, serán en las que puedan surgir vocaciones genuinas.

El Papa Francisco ha puesto a la Iglesia en éxodo, salida, para ir hacia las periferias, ahí donde la vida clama y donde se puede hacer llegar el unguento del Evangelio que sana las heridas, venda los corazones destrozados y suscita vida y esperanza en el ánimo de las personas. La *comunidad cristiana y religiosa* será relevante, fermento en la masa, cuando esté atenta a los signos de los tiempos y capte y atienda a las necesidades reales de las personas del entorno, y no espere en la sacristía a que vayan a contárselas. No debemos ahorrarnos energías en la tarea de re-encontrar una mínima «holgura» evangelizadora, que ponga a la comunidad en auténtica misión.

2. Distribución de quehaceres en la comunidad vocacional

- a) *Equipos de Animación Vocacional -EAVs-*. Algunos de los equipos de animación vocacional vienen funcionando en varias demarcaciones de nuestra orden desde hace casi 20 años; en otras parte menos y, en algunas, aún no los hay. Hemos de reconocer y agradecer que estos equipos hayan desarrollado diversas iniciativas en varios de nuestros ministerios, a pesar del cansancio y el desgaste que se cobra el paso de los años; mérito suyo es el de mantener la ilusión por el servicio de la animación vocacional. Los próximos años serán claves para afianzar y ampliar el número de los integrantes de los equipos que funcionan bien, y crearlos allí donde no existan. A estos equipos, además, habrá que ofrecerles una formación a la altura de las exigencias propias de nuestro tiempo.

²¹ Este tema es un extracto del artículo de Fr. Fabián López Martín OAR, “Del «animador vocacional» a la «comunidad vocacional»”, en *Recollectio* 38 (2015) 255-277.

Esta estructura de misión compartida con los seglares a través de los equipos de animación vocacional es la que nos hemos dado los agustinos recoletos en muchos de nuestros ministerios. ¿Existen otras alternativas de misión compartida en pastoral vocacional? Posiblemente sí. De hecho, las estructuras pueden cambiar. Lo que sí no tiene vuelta atrás es la *corresponsabilidad* de todos los que formamos la Iglesia en el empeño de la animación vocacional, aunque siempre haya personas más directamente vinculadas en la coordinación de este servicio.

- b) *La labor de los orientadores vocacionales.* El papel del orientador vocacional está bastante gastado o desvirtuado entre los religiosos. Habrá que orar no sólo por las vocaciones, sino también por las vocaciones a la animación vocacional. Me atrevo a decir que aquello que hará la diferencia en la animación vocacional será el servicio que preste el orientador vocacional a la hora de convocar y dar formación al equipo de animación vocacional, rezar y reflexionar juntos, proponer iniciativas y programarlas.
- c) *Incorporación a los Departamentos de pastoral vocacional de las diócesis.* Esta no es una urgencia de momento, sino una nota característica de la «cultura vocacional»: las vocaciones son para la Iglesia, y el Espíritu se las da a aquellos que quiere y cómo quiere, más allá de un simple proselitismo vocacional. Por lo tanto, hay que “pescar” en red o hay que “enredarnos” para pescar. Entre más relaciones con personas concretas comprometidas con la pastoral vocacional, más se extenderá el horizonte de la «cultura vocacional» y más nos abriremos puertas a nosotros mismos. En muchas partes de nuestra Orden sigue siendo una asignatura pendiente vincularnos a estos equipos de pastoral vocacional.
- d) *Ofrecer lugares de referencia para la oración, el acompañamiento y el discernimiento vocacional.* Es necesario, como tantas veces insistió san Juan Pablo II, proponer una «cultura vocacional» que sepa reconocer y acoger aquella inspiración profunda del hombre, que lo llama a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida. En este sentido, los centros de espiritualidad están representando un espacio y un ambiente adecuado para la formación en la fe y la evangelización. Además, pueden llegar a ser lugares en los que se puede acompañar en el encuentro con Dios y consigo mismos.
- e) *Invertir recursos humanos y materiales en la formación de agentes de animación vocacional.* Es una urgencia cada vez más palpable el poder contar con religiosos y seglares profesionalmente capacitados para elaborar materiales de calidad relacionados con la pastoral juvenil y vocacional, para estar en la web y en las redes sociales de forma significativa, para realizar el acompañamiento vocacional y para llevar adelante escuelas de oración.
- f) *Presencia en la Web y en las Redes Sociales.* Hemos de tender a estar cada vez más presentes en los medios de comunicación social, como cualquier otro grupo que pretende ofrecer algo significativo a la sociedad. En nuestro caso estamos hablando de proponer la Buena nueva que suscita vida de relación con Dios y que, a su vez, posibilita la respuesta a la llamada de Dios. En este sentido, sería bueno poder contar con personas especializadas. Además, es exigente tener y mantener una presencia de calidad en la red, por lo que es clave dotar de medios materiales para hacerlas atractivas.
- g) *La «cultura vocacional» entre los profesos simples.* Un ámbito en el que nos estamos jugando mucho respecto a la «cultura vocacional» es el de la formación

de los profesos en este nuevo paradigma de la cultura de la vocación. Si ellos se convencen de este nuevo estilo de animación vacacional, este servicio estará, en principio, encaminado en los años venideros. Aunque, insisto, es bueno buscar su formación específica para una buena capacitación en esta área.

- h) *El acompañamiento vocacional.* Con el servicio de este ministerio, se busca ayudar y estimular a cada creyente a adquirir conciencia del don recibido y de la responsabilidad que el don conlleva consigo.

3. En la comunidad vocacional todos arrimamos el hombro

Apuntamos ahora algunas iniciativas y actitudes en las que toda la comunidad cristiana y la comunidad religiosa nos podemos implicar más allá de edad, capacidades, estilo y sensibilidad pastoral:

- a) El fundamento de toda la animación vocacional, el corazón de este servicio en la Iglesia, es la oración insistente al Dueño de la mies para que mande trabajadores a su mies (Mt 9,38). La oración es el primer y más proporcionado medio para la pastoral de las vocaciones.
- b) Nada más pro-vocador que el testimonio apasionado de la vocación que Dios dio a cada uno; sólo así el que es llamado puede desencadenar, a su vez, en otros la llamada (Cf. *Perfectae caritatis*, 24). “El ejemplo de la propia vida humilde, laboriosa y penitente, llevada con alegría, es la mejor presentación de la Orden y la mejor invitación a abrazar en ella la vida religiosa” (Constituciones OAR, 158). Este será el modo en el cual nuestra vocación será respuesta a la búsqueda de sentido y de fundamento de los jóvenes que nos conocen.
- c) Es muy importante también el testimonio comunitario de una vida dispuesta según el Evangelio. La vida fraterna en comunidad hace palpable, con un lenguaje fácilmente entendible, que varios hermanos se encuentran diariamente en Cristo y con Cristo, rezan, comparten la vida y se ponen al servicio de los demás.
- d) Los jóvenes captan la solidez o la debilidad de nuestros lazos fraternos. La calidad de nuestra vida de comunidad será una de las puertas por las cuales llamen posibles vocaciones de especial consagración.
- e) Todos nos podemos implicar en la tarea de la animación vocacional de forma personal y comunitaria, estando abiertos a acoger cálidamente en nuestras comunidades posibles vocaciones.
- f) Tanto los religiosos como los seglares que integran los equipos de animación vocacional, han de estar siempre dispuestos a dar razón de su esperanza vocacional (1 Pe 3, 15), impartiendo catequesis adecuadas que orienten a las nuevas generaciones a la búsqueda de Dios y que subrayen la belleza del seguimiento de Cristo con una propuesta explícita: “Ven y verás” (Jn 1, 46). En el empeño de la animación vocacional es importante que retomemos la estructura vocacional de la vida humana y anunciemos la vida como vocación.
- g) En nuestras comunidades se puede apreciar un momento particular de síntesis: religiosos predominantemente mayores con algún joven. En la animación vocacional los religiosos mayores pueden ayudar y mucho. La mayoría de ellos son verdaderos sabios que han llegado a descubrir lo que verdaderamente cuenta e

importa; son un don de Dios a nuestras comunidades. Al entrar en contacto con jóvenes ellos pueden hacer un maravilloso trabajo en el acompañamiento espiritual y el discernimiento vocacional.

- h) Para quienes tenemos fe -y la animación vocacional pide una fe esforzada- sabemos que la historia está en manos de Dios y que es historia de amor y salvación. Esta confianza básica nos permitirá dar el paso del cansancio y la resignación por los pocos frutos, a un nuevo impulso que transparente la belleza de la propia vocación.
- i) Confiemos en la "actualidad" del carisma de nuestra familia religiosa; san Agustín y la inspiración recoleta están vivos, gracias a Dios, en nosotros. Por esta razón el último capítulo general de la Orden de los agustinos recoletos celebrado en Roma en el 2010, se propuso revitalizar la Orden desde la propia identidad carismática, para cumplir mejor su misión evangelizadora. Dicho objetivo nace de la gratitud por la riqueza del carisma de nuestra familia religiosa, don precioso que Dios dio a su Iglesia y al mundo. De ahí que debemos buscar el modo de hacer visible las bondades de nuestro carisma, sólo así nuestras comunidades serán presencias significativas en las iglesias locales.

Cerremos este tema con una frase del Papa Francisco que sin duda interpela a todas las comunidades:

"En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración" (Evangelii gaudium, 107).

Preguntas para la reflexión personal y grupal



1. ¿Qué puntos del texto te llamaron más la atención? ¿Cuáles querrías compartir?
2. ¿El Equipo de animación vocacional al que perteneces es un verdadero "equipo", una comunidad donde todos arriman el hombro?

